

como un ave gigantesca de angustia, un peso enorme, soportado durante buena parte de su existencia.

Así la encontraron los que iban a condolerse, y ella sabía que no sentían de verdad tanta pena por su Galo, al que quizás solo ella amara. Así, ante el ataúd que encerraba el cuerpo casi decapitado de Galo Alci-var, como una estatua de la desolación. Al anochecer pidió que la dejaran sola. Quiso pensar en ese hijo que fuera tanto dolor y tanta angustia y al mismo tiempo tanta inexpresada ternura, en ése, su querido suicida. Rafael la miró de lejos, recordando la última noche que Galo pasó en esa casa, y ya no logró evocarla en la juventud; era una pasmosa imagen del desconsuelo, frente al cadáver de quien antes de descerrajarse una bala de carabina, tan poderosa como para matar a un toro, había estado rechazando la vida con furor infernal, desde hacía tanto tiempo.

LA PANTAGRUELA



Todas las mujeres de esta barriada, incluso las imponentes Marines, la gorda y enorme Chabela Guevara, las Irigoyen, que con la vejez se volvieron aplastantes, al menos la Blanca y la Victoria, habían tenido un momento de frescor, una apariencia de pluma, de flor, de hilo de agua.

Pero usted, Augusta Mogollón, jamás.

Llegó aquí de la mano de su madre, una señora llena de modos, vestidos floreados e inverosímiles encajes, vuelos, reatas, cintas y chificos, como decían burlonamente las mujeres, y nadie logró enterarse ni de su lugar de origen ni de qué mismo vivían.

A todos nos llamó poderosamente la atención su figura rechoncha, junto a la caricaturesca de su madre, y si no disponíamos de mayores datos biográficos sobre ambas, sus debilidades fueron en seguida detectadas.

La señora Targelia entrecerraba los ojos cada vez que el doctor Velásquez, con su porte aún distinguido, sus bastones de puño de plata y su cabello entrecano, pasaba cerca de la casa que alquilaron frente a la plaza. "Ay, es un caballero", suspiraba, cruzando los dedos y poniendo la cara sobre las manos juntas en actitud de

angelito de cromo. Al fin, consiguió meterle al viejecito Velásquez en su cama.

Mientras tanto, usted entrecerraba los párpados ante todo lo que fuese comida, y cuando pasaban bajo su balcón las canastas de pan recién horneado, las empanadas de carne o los simples alfeñiques, en hileras, sobre una tablita brillante, usted suspiraba angelicalmente, y era del todo feliz cuando lograba meterse en el cuerpo una buena cantidad de cualquier cosa comestible.

Y mientras ocurría en el interior de la casa el otoñal refocilarse de la pareja, usted, en el balcón, devoraba, plácida, los bizcochitos, los cortados de dulce de leche, las arepas delicadas y los chocolates que Velásquez parecía traer por toneladas para mantenerla ocupada.

Cuando, después de un largo adulterio, el viejo Rubén desposó a doña Targelia, quienes fueron invitados a una ceremonia íntima que congregó a medio centenar de conocidos, la vecindad en pleno asistió al despliegue de su voracidad, mientras la novia, entre sus volantes, encajes, azahares, mitones y más adefesios, trataba inútilmente de borrar la mala impresión, con un derroche de sonrisas, pastel demasiado empalagoso y champaña de mala calidad, de ese que sabe a corcho podrido, bromeando torpemente que a su Augustita se la podía dar de vestir, pero no de comer, y subrayando con una risita infame el estribillo. Inútilmente, porque ya alguno de los leídos del barrio. Creo que el hijo de la Sebastiana Argudo, que presumía de poeta, le bautizó a usted con el apodo que le acompañaría hasta el fin: la Pantagruela, contando además la historia de un gigante Pantagruel, tragón hasta el extremo de que necesitaba creo que once mil vacas para alimentarse o alguna barbaridad así.

En la plaza, donde nos reuníamos a cantar y a reirnos hasta que las beatas Carmona salían a insultarnos y a tirar bacinillas en dirección al grupo, el chiste favorito era sobre su gordura y su voracidad.

Cuando fuera mujer, decían los vagos, que sus hijos, si alguna vez los tenía, nunca morirían de desnutrición sino de empacho.

La imaginaban en la playa, semidesnuda, volviéndose constantemente al escuchar el aplauso de sus nalgas monstruosas.

Decían que su papada podría dar tocino para toda una generación, que para vestirla —y pese a lo fácil que lo veía doña Targelia— se necesitaba una pieza de tela, que no usaba sostenes sino hamacas. Decían tanta alegre majadería, hasta que alguno se ponía amargo y la imaginaba en sus dolores, seguramente tan grandes como su humanidad.

Y no andaba muy lejos de la verdad. Años después, cuando murió su madre, asistimos al diluvio de su llanto inconsolable, y, al poco tiempo, a su impotente desesperación, cuando, sola y desamparada, vio morir al viejo doctor Velásquez de un síncope sin que su enorme gordura le hubiese permitido auxiliarlo a tiempo. Y es que bromas y exageraciones aparte, su deforme cuerpo paquidérmico era una gran masa que se movía por el mundo con la mayor dificultad posible.

—Es una enfermedad. Decían unos; y otros:

— ¡Qué va! Es una gorda tragona, y punto. Y se armaban fragorosas discusiones. Era un mal, no lo veían, ningún ser humano normal podía pesar tanto, tener un cuerpo tan deforme, devorar así las cosas. Era un vicio, no se veía claramente que era un vicio que superaba a todo lo imaginable, la "Doble Ancho", como la llamaban unos, era la encarnación de la

gula, no le importaba más que tragar, tragar, tragar.

Lo cierto es que no era usted sólo una gorda voraz, Augusta Mogollón, algo había en el secreto y adiposo universo de sus carnes de gigante que la impulsaba hacia la comida con desproporcionado placer. Contaban, por ejemplo que cuando el Serafín Venegas, luego de innumerables cajas de chocolate, perniles y tortas de mil sabores, jamones ahumados, almendras y toda clase de frutas, que eran parte de lo vedado para un barrio tan pobre como el nuestro, logró sacarse de adentro algo como una espina, el morbosos capricho de meterse en su cama, usted siguió comiendo indiferente, mientras él se afanaba y agotaba sexualmente. La evocación de esta escena causó algunos de los ataques de risa más frenéticos de que puedo acordarme, y los chistes más obscenos que sobre usted, la Pantagruela, se hicieron.

Dijeron también que cuando el notario le comunicó la cantidad inmensa de dinero que le había dejado en su testamento el doctor Velásquez, solo salivó golosamente, como un perro al que fuesen a darle un inverosímil hueso.

Todo para usted se reducía, pues, a comer.

Su apetito desaforado y su complexión gigantesca llegaron a oídos de gente de muy lejos. Venían al barrio preguntando en dónde vivía la Pantagruela y luego se apostaban en la plaza, esperando que apareciera en la ventana o en el balcón, con su rostro abotagado de buda masticante y sus ojos beatíficos, siempre puestos en algo comestible, con su mano que parecía una gordísima nalga sobre el pecho de insólita arquitectura. Entonces, contemplaban embobados sus tres quintales de grasa, y si alguno de los niños se portaba mal lo amenazaba con entregarlo a la mujer gigantesca, que no había cesado de rumiar.

Cuando se puso mal, mientras todo el vecindario rezaba por su alma y algunas de las comedidas que no faltan jamás empezaron a arreglar la casa para el velorio, preguntó usted, Augusta, con un hilillo de voz, que venía como un insignificante arroyuelo desde la mole orográfica de su cuerpo, si alguien sabía si en la otra vida se comía.

Como dijeron los bocones del barrio, eso se llamó morir en su ley.

—Se durmió plácidamente. Comentaron, contra todo el rumor de la vecindad, las beatas Carmona.

—Siguió atragantándose golosinas después de la extremaunción, ¡que horror! Dijeron las Marines.

—Comulgó porque creyó que era comida, añadiría, con su acostumbrada acidez, Blanca Irigoyen.

Y todo esto mientras el carpintero Calderón trabajaba como loco en su taller, porque no hubo ataúd ni bóveda aptos para su abrumadora anatomía; así que se la enterró en el suelo, no a que durmiese bajo los cipreses, como dizque decía ni sé qué poeta, que seguramente usted tampoco conoció, pues sólo leía recetas de cocina, sino a que fuese parte de un convite en el que ya no pobaría bocado sino sería el plato fuerte.

Como dijo alguno de los borrachines de la cantina de las tres Elenas, "a la Pantagruela más que en paz hubiera sido bueno desearle que descansase en comida", y otros corearon "Amén".

CIUCLDAS HUMOR
ESTREPTATO